

sombria. Solo de allí, de la inmensa boca del cañón, sopló, murmurando penas, un hábito tibio y perfumado, y en su fondo empezaron a abrir sus parpados azules las constelaciones orientales.

Manuel José Othón.

Marzo de 1894.

LA PRIMERA CANA

A mi compañero Profr
Manuel Vazquez Negrete

En uno de los últimos días del mes de Diciembre de 1877, mi maestro estuvo á visitar á mi madre.

—Señora—la dijo poco antes de partir—su hijo ha terminado los estudios primarios y está apto para hacer los preparatorios en el Colegio ó para que aprenda algunos de los ramos que abraza la industria. Aquí tiene vd. mi certificado: en él hago constar que ha cursado con notable aprovechamiento las materias que comprende la Instrucción Primaria; guárdelo vd. ya que este documento le servirá de atendible recomendación.

Mi madre no pudo contestar, porque los so-

llozos embargaban su voz.
Poco después el maestro salió de mi pobre casa, no sin hacerme las *últimas recomendaciones* y de ofrecerme sus consejos en el curso de mi nueva vida.

Al terminar la frugal cena mis hermanas se recogieron y yo quedé sólo con la noble anciana á quien todo lo debo.

—Siéntate á mi lado—me dijo con la voz trémula por la emoción—Ha llegado la hora en que debemos hablar de tu porvenir, la hora que yo tanto esperaba y tanto temía.

Tomé asiento, y escuché religiosamente estas palabras que el polvo de diez y siete años no ha podido borrar de mi alma; estas palabras que palpitan en mis recuerdos, como palpitan en las ondas del aire las notas de una música triste y querida...

—Hijo mío—exclamó—tú has visto los afanes, los trabajos que he tenido para hacerte llegar á la altura en que te encuentras. Viuda desde los primeros meses de tu nacimiento, sin recursos de ninguna especie y teniendo que sostenerme entre la *clase media*, entre ese grupo que tiene las aspiraciones del rico y las circunstancias del pobre, he luchado sin descanso por la educación de ustedes por su sostenimiento en la vida material, y la satisfacción de ver ahora realizados en parte mis ensueños y mis esperanzas de madre, son el mejor premio que puedo recibir. Sin embargo, falta mucho que hacer, mucho que andar por este sendero tan áspero y pedregoso para aquellos que, como nosotros, no tienen otro capital que sus brazos ó su cabeza, ni más a-

poyo que su conciencia.

Has concluido tus estudios de escuela. Yo bien quisiera que entraras al Instituto para que mañana, con un título brillante y lucrativo, fueras aplaudido por el mundo entero y vivieras con el desahogo que dan las riquezas, pero ¡ay! los años me pesan, la fatiga ha empezado a apoderarse de mi cuerpo y no podré sostenerte ni sostener a tus hermanas durante el tiempo que tarde tu carrera. No obstante, tú eres quien ha de decidir en esta vez, seguro de que yo, de todos modos, cumpliré en lo futuro con mis deberes, como he cumplido hasta hoy. Medita, reflexiona esta noche, y mañana me dirás lo que piensas hacer, y cómo vas a entrar al nuevo mundo que tienes de ante, mundo que te separa del triste pensil de la niñez y que te ofrece horizontes que se dibujan con un azul que no conoces.... ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, madre.

—Vaya, pues, hasta mañana, y que el cielo ilumine tu resolución.

Besó mi frente, me besó el ojo y nos despedimos, no sin haber puesto yo mis labios en sus manos y en sus flácidas trenzas de plata....

Esa noche no pude dormir, el sueño huía de mis ojos como huyen las nieblas de la madrugada, ante las pupilas del alba....

Las palabras que acababa de oír me hicieron reflexionar seriamente, por primera vez en mi vida, innumerables proyectos para el porvenir brillaron de mi cerebro; pero todos se desvanecían con la amarga realidad de nuestra pobreza.

Estudiar Medicina era imposible, porque te-

ría que tardar algunos años y mi madre carecía de bienes de fortuna para ayudarme. Por iguales razones no estudiaría Leyes ó Ingeniería, que era lo que llamaba mi atención.

Colocarme en una casa de comercio tenía el inconveniente de que primero sería *meritorio* y no disfrutaría sueldo. Era cierto que mi familia no tendría que darme alimentos, pero esto nada significaba, puesto que mi madre siempre trabajaba para los demás, circunstancia que yo quería evitar á todo trance, ó, cuando menos hacer poco duradera.

Pensando así, me sorprendieron los primeros rayos del día, y como si sus luces hubieran sido lo que yo necesitaba para fijar mi resolución.

—Ea, me dije si profeso tanto afecto á la Escuela y á los niños, y si para ser Profesor de Instrucción Primaria necesito sólo estudiar tres años, contando, además, con la ventaja de poder alcanzar pronto una ayudantía, aunque sea con pequeño sueldo, ¿por qué no he de consagrar mi vida al bien intelectual de mi pueblo? ¡seré Profesor! Mi misión resultará más provechosa que la de los médicos, puesto que si ellos curan las enfermedades del cuerpo, yo atacaré ese mal del espíritu que se llama *ignorancia*. No tendré envidia á los abogados, porque defenderé los derechos que tiene el niño sobre la ilustración y litigaré en los tribunales de Minerva contra el *obscurantismo*. No podré, es cierto, acumular los tesoros del hombre de negocios; mas los pocos conocimientos que adquiriera, no se me acabarán como aquellos, y podré infundirlos en mis semejantes sin el temor de que se agoten co-

mo los bienes materiales: sobre todo, ¿dónde hallar riqueza que iguale al bienestar de mi alma, cuando pueda yo ser útil á mi madre y abonar algo de lo mucho que le debo?

Después de la lucha que había tenido, la victoria me coronaba con la noble resolución de ser *Maestro de Escuela* y de aumentar el número de esos seres á quienes la sociedad todavía no comprende, ni considera, pero que son *grandes* porque llevan en su frente la espinosa corona de los mártires!

Cuando mi madre supo lo que yo decidía, no pudo menos de alabar mi pensamiento y trató de llevarme á presentar con el Señor Leija, digno hijo del Magisterio y que dirigía la Escuela Normal.

—Arréglate - me dijo--iremos en seguida.

Al peinar mis cabellos delante de un pequeño espejo que constituía mi mayor lujo, me estremecí involuntariamente. El insomnio de la noche anterior, la reflexión, el sufrimiento, el temor al *mañana*, habían hecho aparecer en mi cabeza la *primera cana* del hombre ..

ANGEL VERAL.

Venado, Agosto 25 de 1895.



LEDA.

Los gráciles pies de la doncella juegan en la superficie del río, levantando á su golpear cascadas de diáfanas perlas.

Entre lo verde del follaje resalta la blancura de su cutis, y dibújanse en la musgosa alfombra las delicadas líneas de su escultura.

Las largas y sedosas crenchas caen en desorden sobre sus espaldas, y los ensortijados rizos que en ellas se forman, son besados por las estivales rosas.

Abstraída en la contemplación de sí misma, no reparaba en que el cisne, extático y absorto, dirige sus miradas hacia ella y se acerca paulatinamente al sitio donde la hermosa ninfa deleítase en el baño.

Alarga el flexible cuello para contemplarla más á su sabor, rozando su cabeza con el cuerpo de la niña.

Esta, saliendo entonces de su abstracción, repróchale el que se halla acercado y atrevídose á mirarla.....

Mas en breve establécese la alianza al arrullo de las dulces palabras del enamorado plúmago, y aquellos dos niveos cuerpos confúndense en un estrecho abrazo.

Juan José Pereda.

Marzo 3 de 1895.



FANTASIA.

Y dijo el hada:

Yo conozco á los silfos, y te puedo contar, joven poeta, los misterios de amor que atesoran.

Sí, los he visto revolotear dentro del cáliz de las azucenas, los he visto cabalgar sobre las mariposas de doradas alas. los he visto patinar en el agua formando círculos concéntricos los he visto en alegres bandadas en las noches de esplendorosa luna; y he oído las historias que refieren á las hermosas niñas rubias de los ojos soñadores, las historias que refieren á las vírgenes pálidas de obscuras pupilas

A tí, joven poeta que acaricias en tu mente soñadora, ideas ardientes é inspiradas de amor y sentimiento, te contaré

Y un silfo que escuchó la voz argentina del hada, que de esta manera hablaba al joven poeta, prorrumpió en una estridente carcajada.....

Y dijo el silfo:

Vengo de las regiones ignotas, amigo mio, donde habita el ideal de tus sueños color de aurora; he visto á la inefable diosa que te inspira, circuida de luz, radiante de hermosura; y.... más aún, la he visto sonreír graciosamente, cuando en el bosque recitabas las estrofas que

te inspiró un día de primavera, cuando entre
nubes lápiz-lázuli y oro, perdíase el sol, lenta,
lentamente.....

Y cuando sonreía la diosa que te inspira, escuché un canto dulce y tierno de extrañas armonías, de arpegios melodiosos, un canto que empieza..... E iba á pulsar su lira para cantar, cuando fué interrumpido por el príncipe Rojo, que con voz meliflua dijo:

Yo soy el príncipe de los bosques; habito en un palacio de cristal. cerca del arroyuelo que gime, cerca del huertecillo de amapolas donde las hadas juegan, y poseo la virtud de los de mi nobleza: cuando duermen las doncellas de castos pensamientos, descorro el cortinaje del mundo ideal, y les muestro, en todo su radiante esplendor, las bellezas que encierra; y creo hacerlas gozar dulces sueños, porque les cuento los idilios de amor de las rosas que entreabren su corola, al delicado beso del aura matinal, porque les cuento mis amores con la encantadora princesa Violeta, porque les cuento, ¡ha curiosillo! lo que llevan en sí los suspiros.....

Y volvió el hada diciendo:

He sorprendido en el bosque de liróneros, una ronda de geniecillos que en alegre algazara, han cortado las flores de tus amados árboles— Príncipe Rojo— ¡si vieras cuán triste se ha quedado el campo!.....

Y sumido en honda tristeza, el príncipe Rojo, se fué por los aires llorando lastimosamente.....

Más ya despierta la virgencita de mis áureos ensueños; de seguro me reñirá, porque no le ofrezco la historia de la Reina de las flores... ¡Oh,

fantasía!! Muéstrame tus más hermosos cuadros, para ofrecerlos á mi amada!....

"Yo soy la Reina de las flores....."

Esta historia, te la referiré ¡ídolo mío! á cambio de una dulce sonrisa de tus labios rojos.... mañana al atardecer.....

Francisco A. Sustaita.

San Luis Potosí, 1895.

PANTOMIMA

A mi amigo Mariano Farías.

Es la cocina del gastrónomo Mr. Jambon. Su estufa está encendida, los calderos arrojando humo, las cacerolas tan limpias, que desde los clavos de donde cuelgan despiden, reflejos plateados confundiendo con los de las llamas azules y rojas que lamen las ollas de fierro sentadas en los hornillos y transformando las luces del cuarto en un juego de maravilloso efecto:

Oro luminoso, plata en ráfagas y el serpentear azul del carbono que se levanta de impro-

viso y se hunde en el hogar como un diablillo juguetón

Pierrot canta junto á la maquina de mondar patatas; tiene una en la mano; se recrea con la masa suave que la forma, pensando en el delicado puré que se puede hacer con ella mezclándola con mantequilla y batiendo, batiendo en una cacerola honda.

Es un tiempo de polka el que tararea Pierrot; un tiempo tan alegre como el verde de las lechugas que se encuentran en la mesa, brillante como el color rojizo de los tomates hacinados, y caliente como el tono de los rábanos de Alsacia que tienen la forma de los picuruchos de los clowns.

Mientras Pierrot trabaja y canta, Pierretine está enfrente, en el balcón de la casa vecina.

¡Que bella es Pierretine! Dos hoyuelos en los carrillos, un lunarillo en la punta de la nariz, las manos tan pequeñitas que apenas pueden empuñar las verjas de fierro.

Ti ri rin Ti ri rin Es la canción de Pierrot.

De pronto Pierretine desaparece y se oye una melodía amorosa que ejecuta al piano.

Pierrot es sensible á las dulzuras y caricias de Cupido; ama la música y en su corazón se despierta una profunda simpatía hácia la artista que tan lindamente le recuerda el antiguo cariño de Colombina: ¡Colombina, la infame que destrozó su alma, abandonándolo por un saigento de cazadores de Africa! Toma un sartén por violín y acompaña á Pierretine.

Ta ra rá Ta ra rá Es la melodía

con tiempo de vals.

Entre tanto los calderos humean

Cesa el piano, el violín—sartén, apaga su sonido insensiblemente y en medio de una reminiscencia del motivo principal del canto vuelve á aparecer Colombina en su balcón, radiante de gracia y de frescura.

Pierrot le manifiesta su amor transportado á regiones desconocidas, haciéndole señales; y para hacerse entender completamente toma un betabel de la forma de un corazón, lo ensarta con el asador y se lo presenta á la graciosa muchacha. Ella se ríe, se ríe con todas sus fuerzas, vuelve á desaparecer del balcón y al poco tiempo, en tanto que Pierrot tiene el alma en un hilo; sale otra vez llevando de la mano al mismo sargento de cazadores de Africa que acabó la existencia del cocinero cuando tuvo amores con Colombina, y se lo presenta lanzando una sonora carcajada.

Pierrot se siente morir de ira y desesperación, gira en torno suyo la vista, descubre un hermoso rábano de Alsacia y se lo hunde sin compasión en el pecho cayendo al suelo presa de una agonía incomprensible.

Alberto Sustaíta.

San Luis Potosí, Enero de 1896.



Ayes dea mor.

A LA SEÑORITA TERESA PEREDO.

Era una noche serena, apacible, cargada de perfumes y llena de armonías.

En el fondo de un cielo azul luminoso y trasparente, brillaba la luna en toda su plenitud entre millares de estrellas que cintilaban intermitentes como lámparas próximas á espirar.

Un vientecillo suave murmuraba dulcemente entre las hojas de los árboles y un pájaro enamorado cantaba, y en su canto decía:

“Oh casta luna! en los effluvios de tu luz más pura lleva á la tierna alondra á quien rendido adoro, el ardiente beso que mi alma le envía; y cuando en el silencio de la alta noche las auras suspiren, los arroyuelos giman y las frondas murmuren, depositalo amorosa en su foso de pico.

¡Blando céfiro tú; que en tus alas transparentes llevas los suspiros de las vírgenes, los besos de las niñas, los cantos de los pájaros y las dulces armonías que en el espacio flotan, lleva á la reina mía las tristes quejas que mi pecho exhala.

¡Leda brisa! en el delicado aroma que á las flores robas, lleva á mi bella tirana la ecencia de mi amor.

¡Génios del aire que habitais la región azul! ¡jalados silfos que vivís en el cáliz de las flores! ¡Linfas puras de las fuentes! ¡Blancas mariposas decidle que su amor es el delirio de mi existencia, el oasis de mi espíritu, el torrente de luz, el raudal de armonías que el alma siente en sus extáticos arrobamientos; que sin él mi vida se desliza negra y pesaroza y que su desdén me mata”

El pájaro enmudeció. La luna siguió brillando en el cielo azul luminoso y trasparente, y el céfiro con vago y dulcísimo rumor suspiró en las hojas de los árboles.

1896.

Carlos Lopez.

FRAGMENTO

¿Te acuerdas.....?

Mayo, el mes predilecto de la primavera, moría en medio de la solemne calma de una noche tropical, dejando como un recuerdo de su fugaz existencia en los campos profusión de flores y de aromas y en el alma muchos sueños.....

La luna—rosa blanca—abría su corola de nie-

ve en la inmensidad de un cielo azul.

El ruiseñor cantaba oculto en los naranjos del cercano jardín.

Yo magnetizado por la celestial mirada de tus pupilas te contemplaba en amoroso arrobamiento. ¡Cuán hermosa estabas! En seductor desorden caían por tu cuello de nítida blancura los bucles de oro de tu cabellera destrenzada! Tus manos—niveas mariposas—se posaban en mi ardorosa frente disipando con su dulce contacto los pensamientos tristes—nubes negras—que ensombrecían mi existencia.....

Después, cediendo á fuerza superior, reclinaste en mi pecho tu frente de camelia y nuestros labios se unieron en un largo y apasionado beso y murmuraste: "tuya, tuya para siempre"

La luna cerró su corola de nieve y el ruiseñor enmudeció.....

Y han pasado muchos años: el invierno del olvido llovió en tu corazón sus destructoras ecarchas, sepultando en ellas los restos de aquel amor. Sólo yo, fatigado viajero, aún no he conseguido arrancar de mi alma tu imagen seductora que solo me sirve de tormento: ella me recuerda el paraíso perdido! Aún en mis labios palpita fresco el beso que nos dimos; aún siento que tu frente de camelia se reclina en mi pecho y que me repites: "tuya, tuya para siempre".....

Fué en la última noche de un mes de Mayo...

¿Te acuerdas.....?

PEDRO HERNANDEZ.

San Luis Potosí 1897.



COMO SE GANSA SAN PEDRO.

—Ya el campo huele á tomillo y las cabri-
llas saltan alegremente. Andad, perezosos, que
la faena es larga, y no pidáis cuenta por la tar-
de si no la habéis dado fin hasta terminarla.

Así diciendo, arrastró el tío Juan sus babu-
chas por el suelo, tomó el camino de la granja y
fué á sentarse en las raíces que rodeaban el
tronco del añoso encino.

Vió desde aquel improvisado asiento perderse
el último pájaro del bosque; oyó la postrera
queja del ganado, sintió que desaparecía de su
frente el suave calor del último rayo del sol del
campo y descubrió su desnuda cabeza para re-
sar las oraciones.

—¿Aquí estáis ya, hijos míos?—dijo cuando
se vió de pronto rodeado por cuatro mocetones
á quienes no faltaba ni vigir ni buena ley pa-
ra el trabajo.—Pues hombre soy que sabe
cumplir lo que promete y preparaos para oír lo
que no os importa. Pero antes, Antonio, toma
ramas para tejer estera; tú, Juan, traete á *Dra-
gón* para que forme cofro con vosotros; Andrés
llenará los cestos de uvas y fresas, y Ramón
hará partes, que como más pequeño más como-

más pequeño más comodidades le pertenecen.
Que cada uno haya cumplido con su encargo,
es cosa que á juicio del lector dejo, pues sabido
es que muchacho ganoso de descansar acaba la
tarea más pronto, y cuando aquellos cuatro
pares de ojos se clavaron en los párpados medio
cerrados del anciano, éste tomó las frutas y las
entregó al rapaz diciéndole:

—Anda, granuja, y reparte esto entre tus
hermanos; pero cuidadito con desperdiciar las
uvas, que las uvas son bendición de Dios
y por ellas San Pedro no se fué tan pronto al
cielo.

—Que decís, abuelito?—á una voz pregunta-
ron los buenos mezos,

—Lo que oís, diablillos; y si tanto os intere-
sa saber cómo se cuenta eso, abrid las orejas,
que no las tenéis chiquitas para oír necedades.

—Sabéis cómo quema el sol del Verano en vues-
tra tierra á la hora de la labranza? Pues más lo
hace á la misma hora en las regiones por donde
Cristo se empeñó en predicar el evangelio, y
mirad que para que Jesucristo lo sintiera.....

—¿Lo sintió, padre grande?—preguntó el
rapaz abriendo los ojos con asombro.

—Sí que lo sintió aquella tarde á que se re-
fiere esta aventura; caminito de Galilea en el
caballo de San Francisco y sin más compañía
que el portero futuro de los cielos, iba cruzan-
do arenales inmensos y desiertos calientes donde
ni una mala palma podía ofrecerles sombra;
como no había palmas tampoco se encontraban
dátiles, y sin agua y sin alimento, ya podéis com-

prender lo mohinos que andarían los buenos caminantes.

—Pedro ¿ves algo?— dijo de pronto el Divino Maestro deteniéndose un poco para que lo alcanzara el viejo discípulo que á duras penas se podía sacar los pies de aquellos montones de arena, donde los hundía á cada paso.

San Pedro no usaba anteojos y le era difícil distinguir de lejos; así es que poniéndose la diestra sobre las cejas á guisa de pantalla, solo pudo dar al maestro la con sabida respuesta de la unada de Barba Azul á la mujer del mismo.

—No veo sino el sol que reberbera y el campo que reverdece

Cristo se resignó y continuó la marcha sin inmutarse; pero su acompañante, no era de la misma pasta y comenzaba á sentir demasiado el ardor del sol en la coronilla y el calor de la arena en las plantas tan desnudas éstas como la primera.

Volvió á poco á detenerse el Maestro, y fijando su vista en el suelo, dijo á su discípulo se alándole algo que relumbraba en las arenas, ni más ni menos que si fuese un duro que alguien extraviara en aquellos desiertos.

—Inclínate, Pedro, y vé lo que brilla entre esas piedrecillas.

Por más que San Pedro fuese un santo gustaba también de traer un cuarto en el bolsillo, así es que á las palabras de Cristo, abrió dos ojos como soles y clavó una mirada en el objeto indicado.

—Dejamos la suerte en casa, Maestro, —con-

testó con voz compungida como él solía hacer lo tan frecuentemente— y de nada me sirve andar contigo para no pasar trabajos. A fé mía que si fuese un duro.....

—Había duros en ese tiempo abuelito?— interrumpió el rapaz mientras el tío Juan se remojava los labios con la lengua.

Calla y no interrumpas, chiquillo, que si San Pedro contestó de ese modo, el objeto por lo que habló no sería otra cosa. A fé mía que si fuera un duro—decía yo que el dijo bien podría servirnos para otro ocasión menos desesperada que la presente. Maestro, lo que has visto brillar entre la arena, no es otra cosa que un pedazo de herradura.

Recógela y guárdala, Pedro, que toda sirve en el mundo—repuso el Salvador recogiendo el manto para continuar la marcha.

—Nada más esto me faltaba—replicó el apóstol con nada dulce y amigable tono.—Ves que estoy viejo, cansado, bien quemado desde la cabeza hasta los dedos, y quieres que me ocupe en inclinar mi cuerpo para recoger un pedazo de hierro enmohecido.

Nada objetó Jesús á las palabras de su futuro llavero, así es que él fue quien se inclinó, recogió la herradura, la limpió con cuidado y continuó pian pianito la marcha hacia la ciudad donde deseaba pernoctar para seguir en sus predicaciones.

Pero el sol proseguía en la ingrata tarea de quemar á San Pedro la coronilla, y este buen viejo ya estaba á riesgo de negar á Jesús antes

del consabido canto que le hizo verter lágrimas como perdigones, cuando por fortuna distinguieron ambos una choza que se levantaba en medio del camino.

Loado seas tú, Señor, que te compadeciste de tu siervo. Quizá en esa choza haya una alma caritativa que nos apague esta sed y nos calme esta hambre que nos devora —dijo el apóstolo disponiéndose á echar á correr para llegar más pronto.

Pero la suerte la habían dejado en casa, como el mismo discípulo lo había dicho, así es que al llegar al punto deseado se encontraron con el banco de un herrador sin trabajo, y que por ende se moría de hambre como ellos.

Nada tenéis que darnos de comer y beber, buen hombre?—dijo Jesús mientras se sentaba en un tronco de árbol que servía de mesa, silla y algo más al solitario habitante de aquel lugarejo. —Nada, Señor—replicó el herrador bien afligido—lo único que me sobra es un racimo de uvas, pero ese no lo vendo sino á buen precio.

Querías cedérmelo en cambio de esta herradura?—preguntó Jesús presentando su hallazgo al obrero.

Tomadlo en el acto—contestó este—que una herradura para un herrador, oro molido es indudablemente.

No bien oyó esto San Pedro, abrió tamaños ojos y extendió la mano esperando la parte que de las uvas le correspondía, pero el Maestro se levantó, sacudió sus vestiduras y echó á andar por delante como si tal cosa.

--Esta si que es buena!--se dijo el apóstolo contrariado y siguiendo á Jesús con un humor de perros--yo le acompaño, me canso más que él sufro ayunos que no son para contados, y cuando consigo algo, no me dá la parte que por fuerza me corresponde.

Ya comprendereis que Cristo venía oyendo estos razonamientos que sólo en el pensamiento se hacía San Pedro, y no comiendo él las uvas las dejaba caer al descuido para que su discípulo las recogiera.

A la primera que cayó, el portero en ciernes se abalanzó sobre ella con tal violencia que por poco cae en el suelo: á la segunda iba á derribar al Maestro; á la tercera perdió el equilibrio y fue á dar sobre un resto de palma seca, á la cuarta habiéndosele escapado de los dedos, la fué siguiendo más de diez pasos.....

—¿Lo ves, Pedro?—díjole entonces Jesucristo viviéndose á él con aire de justa reconvención—rehusaste inclinarte una vez para recoger una herradura y lo has hecho más de cien para no dejar escapar las uvas que se me han caído. ¿Que vale más, trabajar una vez ó cansarse por muchas?

San Pedro comprendió la lección, y no soltó ahí las de su nombre por que aun no era tiempo para ello, pero se avergonzó á tal grado, que dejó que Jesús tomara la delantera, y no llegó hasta donde él se hallaba sino cuando el Maestro ya estaba descansando con sus demás discípulos.

Y entró por un callejón dorado.....

ROBERTO.

A Lupe.

Era una tarde de verano; llovía sin cesar. Dentro de la destartada bohardilla se respiraba una atmósfera cálida y pesada.

Los únicos muebles que había eran: un viejo armario negro y lustroso, dos ó tres sillas desvencijadas y cojas; en un rincón un baúl, frente á la ventana, una mesita mal forjada sobre la que había algunos útiles de costura. En una camita tosca de madera, pintada de rojo, yacía un *angelito*. ¡Pobre niño! parecía que iba á morir. Era rubio, sus cabellos ensortijados semejaban cadejos de seda que caían sobre su frente blanca, bajo la cual llameaban dos ojazos azules, calenturientos, muy tristes.

Sus labios entreabiertos, marchitos y pálidos, dejaban ver unos dientes niveos y opacos..... ¡Pobre niño!

Clementina estaba sentada cerca de él, apretaba su cabeza con ambas manos y veía á su hijito con ternura mezclada de dolor. La lluvia caía sin cesar, las gotas golpeaban la ventana causando un ruido monótono, tétrico.

De pronto el niño volvió sus ojos expresivos hacia su madre, y con una vocesita temblorosa y dulce, dijo débilmente.

—Mamá, tengo frío,.....tengo mucho.....

No pudo concluir; una tos seca le cortó la frase.

Clementina se levantó y arregló lo mejor que pudo, los raídos trapos que cubrían á su

hijo. Después aproximó sus labios á la blanca frente del niño; lo besó y dijo en voz muy baja ¡Pobre Robertopobre hijito mío!....

Durante un momento reinó silencio en la buhardilla; de un gran ramo de violetatas, que había cerca de la ventana, se desprendía un suave perfume.

Roberto volvió á decir:

—¡Qué bonito huelen las violetas! ¡Verdad, mamá?! Qué bueno es Joaquín! ¿vez como se acordó de que yo estaba enfermo y me ha traído esas flores? Me dijo que como mañana es el día de mi santo, me regalaría una pelota muy grande, con muchos colores.....

Volvió á toser Roberto y luego añadió con una voz enfermiza, que apenas se oía:

—¿Pero sabes, mamá, lo que me dijo Joaquín?..... Me dijo que esas violetas las había traído porque le habían dicho que yo me había muerto.....¡Verdad, mamá que yo no me moriré?.....Y dirigió á su madre una mirada interrogadora, llena de angustia.

La pobre Clementina le contestó que no, que no moriría. Dos lágrimas ardientes asomaron á sus tristísimos ojos.

Roberto seguía tosiendo; á la madre se le desgarraba el corazón.....

El día apagaba sus luces; apenas una claridad plomiza se difundía por la estancia, dando á todos los objetos un tinte sombrío y triste.

Llamaron á la puerta; Clementina abrió y entró un anciano con luenga barba, era el Doctor.

Al penetrar al cuarto cerró el paraguas, sacudió el agua de su impermeable, puso el sombrero sobre una silla y se dirigió al lecho del niño.

El Doctor examinó á Roberto. La madre con mirada ansiosa y escrutadora, siguió todos los movimientos del médico. Este después de un momento de examen, movió la cabeza tristemente, después se volvió á la madre, la llamó aparte y le habló en voz baja. Cuando el Doctor terminó, la madre lloraba desesperada.

— Señor decía Clementina, haga usted lo posible por salvar á mi hijo..... á mi único consuelo en esta vida..... ¿qué haré sin él?... Y la pobre mujer corrió hacia la camita de Roberto, tomó al niño entre sus brazos y lo estrechó convulsa contra su pecho.

El pequeño abría sus ojitos azules, sorprendido. La madre lo besaba y acariciaba con extra-
vío, con locura.....

— ¡Dios mío, no me quites á mi Roberto! ¡Ya que su padre está en el cielo, déjame al menos con mi pobre niño!

El Doctor, emocionado, trató de consolar á Clementina.

De pronto la voz sollozante y trémula de Roberto volvió á clamar.

— ¡Tengo frío, mamá!.....

La madre quitó de sus hombros el manto y cubrió con él al niño.

Roberto volvió á toser y añadió:

— ¡Mamá, me muero de frío!

La madre quedó confusa..... No tenía nada

con que cubrir el cuerpecito de su hijo que tenía frío. El Doctor miró en torno suyo, buscando algún abrigo, alguna manta, pero su vista no halló nada. Comprendió que Clementina no tenía con que abrigar más á su pobre hijo. Entonces el anciano se despojó de su abrigo interior y lo echó sobre la cama del niño moribundo.

La estancia había quedado oscura; apenas se distinguían los objetos; de vez en cuando un débil relámpago, alumbraba el cuarto con una luz violácea y fatídica, que hacía parecer cadáver al niño moribundo.

El Doctor sintió el peso de aquella melancolía; lo tético de aquella obscuridad. Quiso marcharse pero antes preguntó á Clementina, que sollozaba en un rincón por qué no encendía la luz.

— Porque no tengo ni para comprar una vela; contestó la pobre mujer.

El anciano sacó de su bolsillo algunas monedas y las dió á Clementina. Ella de pronto las rehusó; pero después pensó que entre aquellas tinieblas no podría ver el rostro de su hijo querido y aceptó las monedas sollozando avergonzada, pero con la idea de que podría contemplar por una noche más á su Roberto.

El enfermito se había dormido, tosía de vez en cuando; su tos más bien parecía un gemido débil y doloroso que desgarraba su pecho.

El Doctor se acercó al lecho, inclinó su rostro sobre el del pequeño y escuchó la respiración penosa.

Antes de salir se aproximó á Clementina y le dijo con dulzura: ¡Valor! Un mártir menos en esta tierra y un ángel más en el cielo!

En seguida salió Clementina á traer con que alumbrarse.

A la amarillenta luz de la trémula llama, vió á su hijo dormido. Estaba blanco, muy blanco con la blancura de los cirios, sus ojos cerrados estaban tan hundidos en un círculo violáceo, que parecía tener las órbitas vacías. Respiraba fatigosamente y de vez en cuando tosía, más bien parecía que sollozaba.

Roberto despertó, abrió sus ojos grandes y tristes, miró á su madre, y le dijo con voz convulsa que apenas se oía:

—Mamá, estoy muy malo, no puedo respirar y me duele el pacho cuando toso..... Es que me voy á morir. ¿Verdad mamá?

—No, niño mio, contestó Clementina, entre sollozos, no moriras.

Si, yo oí al médico que te dijo que yo habia de morir pronto..... que no tenia remedio.

Clementina tenia el corazón desgarrado. Roberto añadió:

—Mamá, ¿que duele mucho morir? ¿Verdad que no?..... Joaquín me dijo que si moría, me iría al cielo con papá.

—Si, Robertito, dijo la madre con voz angustiada, cuando mueren los niños buenos, se van con Dios.

—No hables más, mi Roberto..... me haces daño..... Mira, aqui he comprado estos dulces para ti... están muy buenos... pruébalos.....

—No mamá, contestó el niño yo no tengo

hambre tómalos tú, que no has comido en todo el día por darme á mi.

La pobre madre no pudo contenerse más. Saltó de su asiento y estrechó al enfermito contra su pecho y con voz angustiada le dijo:

—No mi Roberto, no sigas hablando así porque me destrozas el alma. Dios es bueno y no ha de querer que me dejes para siempre.... Dime mi Roberto, ¿qué haré sin tí?

Roberto cerró los ojos. Clementina de pie junto al lecho, contemplaba al niño.

Reinó silencio durante mucho tiempo, sólo turbado por la tos de Roberto y el monótono caer de la lluvia.

De pronto Roberto abrió los ojos asorado casi con miedo.

—Mamá, ahora si creo que me muero, me siento muy mal..... tengo frío, mucho frío.

La voz de Roberto apenas se podía oír por el ruido que producía la lluvia. Clementina besaba y acariciaba á su hijo con delirio..... No podía hablar.

Clementina casi sin sentido llegó hasta la ventana y cortó algunas flores que puso entre las manitas del moribundo.....

—¿Qué bonito huelen. ¿verdad?..... y Roberto quiso acercarse las flores pero no tuvo fuerza. Su brazo delgado y débil quedó colgando fuera de la cama.

De pronto cesó—Los ojos azules de Roberto se cerraron

Clementina tuvo miedo, llamó á su hijo, lo sacudió, pero Roberto no contestaba....; Había

vola do al cielo!

La pobre madre arrojó un grito de dolor y cayó pesadamente sobre el frío y húmedo pavimento.....

Empezaba á clarear el día, por la vieja ventana penetraba á la buhardilla una luz plomisa y triste

Dentro de la destartalada habitación reinaba un profundo silencio. Las violetas aun esparcían su aroma.

En la tosca camita de madera yacía Roberto, exánime. Su frente estaba blanca muy blanca como la blancura de los cirios, los ojos hundidos, cerrados; sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientecitos niveos y opacos. En una de las pálidas manos había un ramito de violetas ..

Junto al lecho, en el frío y húmedo pavimento, yacía un cuerpo inerte ..

Clementina también había volado al cielo con su hijito.

Julio 22 de 1903.

J. UNNA Y GEDOVIVS

Por los que Sufren.

Siempre que el sér desgraciado llora sus infortunios, y eleva al cielo su angustiada frente, pidiéndole el remedio de sus amarguras; siempre que la voz del que sufre se levanta triste y doliente en demanda de consuelo y protección, encuentra aquí, en esta hermosa y bendita tierra muchas almas buenas que miran como propia su desdicha, y muchas manos generosas que enjugarán con tierna solicitud las amargas lágrimas que su desgracia le hace derramar. Porque aquí, bajo este cielo azul y purísimo, y en esta atmósfera tibia y perfumada, alientan nobles corazones que al impulso de generosos sentimientos, se estremecen con el espectáculo de los agenos pesares, sufren con los que lloran, é inspirados por ideas de amor y de caridad, tienden su benéfica mano, y curan con ella las heridas que la desgracia abre en los corazones de sus hermanos.

Por eso hoy que en las lejanas regiones de la costa occidental, á orillas del Pacífico, hay un pueblo que sufre, víctima de la peste asoladora, que, como terrible azote de Dios descarga rudo y te-